

DESDE EL AMANECER

Rosa Chacel

Fragmento

Empiezo por confesar mi orgullo más pueril, el de haber nacido en el 98. Aunque ese adjetivo, pueril, es, por mi parte, demasiada precaución. Prefiero decir, simplemente, mi orgullo, que puede parecer pueril. A mí no me lo parece, en mi auténtico fondo, porque yo rechazo estos tópicos vigentes en nuestros días, tales como, «Me trajeron al mundo sin consultarme». «Yo no tengo la culpa de haber nacido», etc. Todo esto me es ajeno. Yo tengo la culpa —si esto es culpa, y hace tiempo dijimos que es delito— de haber nacido porque siento el principio de mi vida como voluntad. Ganas me dan de decir: si yo no hubiera querido, nadie habría podido hacerme nacer. Pero es demasiado obvio que sin ser no hay querer, y viceversa. Lo que no es imaginable es que semejante cosa —no querer, no ser— me pasase a mí. En consecuencia, nací en el 1898 y esto me complace. La fecha es suficientemente señalada para que no sea necesario explicarlo. Por aquel entonces unos cuantos españoles pensaban, hablaban, escribían, luchaban; otros, engendraban criaturas que tenían sentido y misión de compensaciones. Ya se ha señalado que en ese año fueron muchos los trabajadores que nacieron en España: todos con más méritos que yo: ninguno con más ganas —ganas, entiéndase bien, de acudir—. Así pues, nací en Valladolid ese año, el tres de junio, día de Santa Clotilde, por eso es ése el segundo de mis cuatro nombres, Rosa, Clotilde, Cecilia, María del Carmen. La fecha exacta de mi nacimiento es ésta, pero mis recuerdos datan de quince o veinte años antes. Alcanzan, además, algunos de ellos, a otro continente y otra latitud, y en esas cualidades radica su profundidad: no son recuerdos de hechos lejanos en mí, sino que yo misma era ya un hecho en ellos. En ellos, pues, consisto: vengo de su lejanía.

En la época de las lluvias el agua caía a raudales —Caracas era entonces una ciudad en la que se podía encontrar un cangrejo debajo de una butaca— y la escuela estaba en la misma calle de casa, dos manzanas más arriba. El agua, como digo, caía a raudales y a la salida de clase las cunetas, en forma de artesa, rebosaban —veo cómo el agua formaba en el centro un cordón: era tal la violencia con que resbalaba de la calzada que se enrollaba sobre sí misma, al quedar contenida por la cuneta—, iba limpia, transparente y con una velocidad alocada porque la calle estaba un poco en cuesta y ya cerca del mar.

Las chicas salieron bajo el torrente que caía del cielo y a una de ellas, Rosa-Cruz, de no más de siete años, se le ocurrió meter los libros en el paraguas, sentarse en la cuneta y, apoyando de cuando en cuando la contera del paraguas en el borde de la acera, levantarse un poco sobre el agua y dejarse llevar por la corriente. Otras la imitaron: cuando llegó a su casa saltó afuera y dijo adiós a las que seguían calle abajo.

Esto debió de ocurrir, más o menos, por el ochenta y cuatro, pero las fechas de entonces no tienen realidad para mí. Creo que nunca las supe o no las tuve en cuenta porque de aquello sólo me interesaba lo que seguía —y sigue— actuando.

Igual que aquella tarde de invierno, en Valladolid, en una casa viejísima de la Corredera de San Pablo. Una señora pequeña, vivaz, llena de hijos; desasosegada porque va cayendo la luz —son las cinco de la tarde— y no está ni empezada a hacer la cena. Tiene a un chico en la cama, el asistente fue a buscar a las niñas al colegio, la criada a la farmacia y no vuelven. Sale al balcón, ve venir a su hijo pequeño —poco más de siete años— que vuelve de la escuela: cuando llega abajo le dice: Paquito, hijo, mira a ver si ahí junto al portal, está la señora Josefa en su puesto. Sí, mamá, dice el chico, ahí está. La madre le echa una moneda: —Toma, dile que te dé una cebolla—. ¿Una cebolla?, ¡qué asco!, dice Paquito y se queda clavado en el suelo. Pero del balcón cae sobre él una mirada inexorable. Va hacia la vendedora, le pregunta si tiene cebollas y le da la moneda. La viejecita le ofrece una gran cebolla, que él no acepta. Le dice — Póngamela... haga el favor de ponérmela ahí, señalando al umbral. La vieja está sentada junto al quicio de la puerta y, aunque con asombro, pone la cebolla en el poyo de entrada. El chico le da suavemente con el pie y rodando la lleva hasta colocarla frente a la escalera, a menos de un metro de distancia del primer escalón. Una vez allí, calcula bien el impulso y el lugar en que hay que darle el golpe —en la semiesfera inferior— para hacerle subir la escalera. Le da un puntapié y la cebolla sube cinco o seis escalones, pero no se queda quieta en el punto de llegada; rueda y vuelve a bajar. Paquito la espera y, antes que llegue abajo, le da otra patada y la hace avanzar otros tantos escalones. Así, en varias acometidas, logra alcanzar el primer descansillo: allí es fácil hacerla rodar hasta el otro tramo y emprender nuevamente la ascensión. Pero la escalera es de madera y la cebolla no baja en silencio: los coscorrones que va dándose retumban en la escalera y la madre de Paquito sale a la puerta, enfurecida.

Esto es todo lo que se quiera, menos anecdótico. Es, en realidad, una fórmula química. Lo que esto es, eso es lo que soy. Los dos hechos son recuerdos míos porque no recuerdo que me los hayan contado: los veo como cosas vividas. Conozco la casa en la ciudad tropical, con losas de mármol en el patio y criadas indias y negras. Conozco también la vieja casa sobre los soportales de la Corredera de San Pablo, pero esto no es lo más importante; lo decisivo es que cuando se hablaba de eso —y digo se hablaba porque no se relataba nada, no se daba ninguna noticia, no se me contaba una historia, como cuando se dice: «te voy a contar lo que pasó una vez»— cuando se hablaba de eso, de esas cosas que hacían aquellos chicos, claro está que los que habían sido aquellos chicos estaban delante de mí en forma muy diferente, pero yo no tenía que hacer el esfuerzo de imaginarlos tal como fueron: yo los era. Porque lo que tenía sustancia en todo aquello era el modo, el quid de aquellos chicos que yo, no diré asumía porque no era necesario: yo constataba, sentía su respuesta como si fuese algo — alguien— a quien llamaban por su nombre. Sólo a eso es comparable esa respuesta; a ese movimiento en el que el ser se incorpora al sentirse llamado. Y eso era lo que ocurría en mí cuando hablaban de eso: una alegría, un retozo, un chapuzón en agua tibia sobre losas lavadas por la corriente, bajo palmeras. Un orgullo, un escrúpulo irreductible, un ingenio, una habilidad o puntería para salvar una situación difícil. Estas cosas se levantaban dentro de mí cuando hablaban de eso. Y, si hablaban celebrándolo, yo me sentía halagada; si hablaban con cierto retintín, como cuando se dice: «El que es capaz de subir a patadas una cebolla...» se ponía en pie dentro de mí la afirmación: ¡Claro que soy capaz!

Podría haber empezado por decir quiénes fueron mis abuelos, y lo diré, por supuesto, pero no he querido dar a esto el primer lugar porque aun teniendo importancia, como sin duda tiene, no es lo decisivo en mi historia. Claro está que heredé las fórmulas familiares, religión, moral y costumbres de mis antepasados, pero eso no informo más que el cimiento de mi sistema personal. Lo básico, claro está, eso no puedo negarlo, pero aunque básico y soterrado, su categoría es la de apoyo, no la de fórmula, como todo lo anterior. Con aquella fórmula y sobre esos cimientos, el edificio, todo lo que edificábamos día tras día o minuto tras minuto, estaba regido por circunstancias especialísimas, que tenían su principio y fin en nosotros tres. Circunstancias que hoy puedo llamar felices, aunque no era mi casa eso que se llama un hogar feliz. Nada de eso; era un hogar sobre el que se cernía un nublado pesadísimo: la pobreza. Pero a ese nublado, aunque no se dejaba de darle importancia, se le aceptaba como fuerza mayor: era lo gigantesco, lo cósmico, pero no se hablaba mucho de ello; no hacía perder la serenidad ni el buen humor, cuando el buen humor brotaba de por sí como otra gran fuerza. También se cernía, bueno, no se cernía porque no era nada que planease con más o menos calma: era como una ráfaga recurrente, como un torbellino arbitrario —podría decir, trivial— que estallaba con subitaneidad pirotécnica: la intemperancia de mi padre.

Pero no, esto es ya un juicio mío desde aquí, y me he propuesto al anotar estos recuerdos no juzgarlos; exponerlos al juicio ajeno. Para esto tengo que hacerlos presentes, simplemente, como fueron. Puede parecer, sin embargo, que lo relatado en un principio está ya sometido a una elaboración, pero no es así. Lo que relaté al principio no es, como ya dije, ni anécdota ni teoría: es lo que era entonces, tal como era. Por esto empecé quince o veinte años antes de mi nacimiento, para hablar de cosas en las que no cuenta mi opinión, sino mi ser: lo que estaba en mí antes de tener opinión alguna. Es decir, que si ahora me pongo a buscar mi recuerdo más lejano, consigo vivir un día, en el segundo año de mi vida, en que me herí en una mano. Recuerdo claramente el rasguño dolorísimo y me recuerdo a mí misma sufriendolo; sé cómo era yo en aquel momento y sé que yo era alguien que ya sabía todo aquello ¿Que ya me habían contado la historia? No, no; que ya era yo su resultado activo.

En cambio, de otras muchas cosas que me contaron como hechos de mi vida no conservo clara la vivencia, aunque una de ellas es sumamente importante: mi padre me hizo hablar a los cinco meses. No me enseñó, me hizo hablar mediante una presión continua, insistente, implacable. Él me contó mil veces el sistema que había seguido, dando importancia a lo que él consideraba el prodigio, que yo hubiera roto a hablar. Pero es el caso que en su sistema hubo algo mucho más importante y decisivo para la constitución de mi mente, de todas mis facultades y mis inclinaciones.

La cosa había sido así. Un amigo nos había hecho una foto en su jardín, teniendo yo tres meses. Mi madre estaba sentada conmigo en brazos y mi padre de pie, al lado. La foto, de quince o veinte centímetros, estaba puesta en la pared y mi padre me llevaba ante ella, cogía mi mano derecha y me hacía ir poniendo el índice en cada una de las tres figuras, repitiéndome una y otra vez: «Papá, mamá, nena». A este ejercicio me sometió durante más de dos meses, cuatro o cinco veces al día. Uno de ellos, llevándome mi madre en brazos, se paró ante el espejo —el espejo oval de marco dorado, que tanto lugar ocupa en mi recuerdo—, mi padre se acercó por detrás; yo señalé con el índice extendido y dije las tres palabras. Pero esto, para mí es leyenda. No lo pongo en duda, porque, dada la obstinación de mi padre, creo que podría haber hecho hablar a un gato. Y resulta que lo que hizo, sin saber, pero con tan decisivo trazo en mi destino, fue

enseñarme a mirar. Me hizo mirar, podría decir; estableció un istmo o un cable conductor con mi brazo extendido hasta la imagen, haciendo que mi índice tocara tres puntos, tres breves contactos, que junto a mi oído se convertían en palabras, como si cada una de las tres voces fuera el ruido del roce de mi dedo en el papel.

Consignar estas leyendas familiares resulta pueril, pero el caso es que lo que quería fijar aquí, ahora es, precisamente, lo pueril. Querría remontarme hasta aquel momento o estado de mi puerilidad en que, dentro de ella, yo era yo, tal cual soy: tal como seré siempre, mientras sea.

Recuerdo infinidad de hechos relatados, comentarios de mi formidable apetito que no puede alcanzar mi memoria, pero la lejanía de ese apetito, su calidad de nota fundamental en mi principio puedo, desde aquí, constatarla allí, en aquel entonces. Yo era un ser dotado de un apetito formidable, pero, además, el movimiento espontáneo de echar la mano a toda cosa comestible y devorarla, tenía algo de razonamiento lógico y de sentido práctico. Mi madre me criaba con dificultad y yo procuraba hacerle fácil la situación: yo estaba siempre dispuesta a comer todo lo que pusieran a mi alcance. Sobre todo, estaba siempre dispuesta a hacer todo lo que hiciesen los otros porque nunca, ni un momento, entre el légame de mi puerilidad, admití que mis facultades no les igualaran.

Estoy hablando de los dos primeros años de mi vida y digo que no admití tal cosa. Parece hiperbólico, pero no lo es porque no digo que mis facultades fuesen como yo las sentía: lo que aseguro es que así las sentía. Y todavía puedo asegurar algo más complejo: sentía, al mismo tiempo, su falla o su impotencia, con una conformidad angustiada y colérica.

Alrededor de todos esos actos que se pueden ejecutar en el comienzo de la vida, como comer y dormir, por ejemplo, alcanzo a distinguir un conato de conciencia que, más tarde, llegué a formularme a mí misma y que se manifestaba en la lucha —una lucha por la vida, semejante a la del naufrago o más bien a la del que se hunde en un tremedal— contra mi infancia. Mi infancia quiere decir mi ser infantil o, más exactamente, mi «dificultad de ser», definición más apropiada para el comienzo que para el final de la vida. El fenómeno tenía dos o más aspectos porque mi conciencia era intermitente. Ya he dicho que no recuerdo ninguno de esos hechos que llamo leyendas familiares, pero al confrontarlos con hechos posteriores, quedan enhebrados en el mismo hilo como cuentas de un collar que, exentas, se corresponden en rigurosa progresión. Así, puedo suponer que las súbitas iluminaciones que fulguraban en mis primeros años empezaron, en forma sumamente leve, por supuesto, con mi vida.

Es muy difícil hablar de estos chispazos, que no eran más que como una lucha desesperada por la afirmación. La otra cara del hecho, hoy no puedo considerarla negativa porque conservo su huella como algo precioso, pero era sin duda como una cesación de la lucha, como un hundimiento, o vencimiento, o extravío. Y, esto es lo importante, esta faceta pasiva que es la que viene de más lejos, no se repite en progresión, sino en disminución. Sus primeros momentos representan las perlas más gruesas, imagen que no trata sólo de sugerir metafóricamente la sucesión en escala, sino la calidad misma de cada unidad: esos momentos eran conclusos en sí mismos como esferas y tenían una irisación perlada, un oriente —las perlas más gruesas son tan lejanas que alcanzar la más gruesa sería alcanzar el principio, y esto es demasiada pretensión—. Pero puedo muy bien llegar a algunas de dimensiones aterradoras, que se

manifestaban en el sueño o el entresueño y que, a veces, lograba suscitarlas despierta. Digo que lo lograba porque me entregaba voluntariamente a aquel abandono, que sólo podría definirlo con la palabra terror, nada de recreo: era una especie de silencio, una especie de fascinación, en la que había algo de veneración. Imposible recordar en qué tiempo logré tener una imagen clara de ello, pero cuando llegué a tenerla consistía, simplemente, en un hilo. Era un hilo de vidrio que estaba delante de mí, vertical: yo no veía su principio ni su fin, no veía dónde se apoyaba: era una columna de vidrio finísima que estaba inmóvil, pero yo sabía que fluía. No sé cómo lo sabía porque lo más atroz era su inmovilidad. Y nada más, no puedo añadir el más pequeño detalle porque todo consistía en eso, en que no había ningún detalle: era solamente la visión de aquel hilo, que permanecía delante de mí, indeciblemente próximo, tan próximo como si fuese yo misma. Y, esto es lo más importante: cuando a los cuatro o cinco años la visión era enteramente clara tenía siempre en toda ocasión, el carácter de un recuerdo muy antiguo. Su aparición siempre me hacía decir: «¡Ya está aquí esto, lo de siempre!».

Las súbitas iluminaciones que correspondían a la faz positiva, a la lucha por la claridad y la conciencia, eran más irregulares porque su causa, emocional generalmente, las disparaba como respuestas a la realidad. Si no fuese porque algunas de ellas quedaron señaladas por fechas inconfundibles, desconfiaría de mi memoria. Pero no puedo engañarme, aunque a cada una de ellas siga un nublado o un ocaso. La más intensa ocurrió cuando tenía, exactamente, tres años y poco más. Fue provocada por un hecho exterior hartamente dramático, es cierto, pero lo que llamó mi iluminación ante el hecho consistió en que, en un momento de enorme tensión emocional, mi criterio para juzgar lo que pasaba no difería en nada de lo que sería ante el mismo hecho en el día de hoy.

No quiero relatarlo como escena dramática; llegaré a ello por sus pasos contados. En ese comienzo de mi cuarto año estaba viviendo algo que dejó en mí una huella profunda, que inclinó mis preferencias y afectos, tanto como mi mente, en un determinado sentido, y en esa época yo tenía ya recuerdos. Un año antes, en el 900, fui con mis padres a Madrid, a pasar unos días en casa de mi abuela materna. Fuimos para que me conocieran ella y mis tías. No sé, ni tiene importancia, cómo se ocasionó el viaje, ya que gastos superfluos quedaban fuera de nuestras posibilidades, pero el caso es que fuimos. Entonces fue cuando ocurrió lo de mi herida en la mano derecha. Conservé la cicatriz hasta los veintitantos años, como una línea casi imperceptible que me cruzaba el dorso. Creo que sin esa herida mi estancia en Madrid se habría borrado porque sólo recuerdo lo que tiene relación con ella y con el lugar donde ocurrió; algunas cosas de otra índole, pero con el mismo fondo, que son algo así como su estela. El hecho, un momento culminante y, arrastradas por él, unas cuantas imágenes que destacó al surcar la llana monotonía.

La cosa fue así. Me llevaba en brazos Julieta, la más querida de mis tías maternas. Íbamos por el pasillo y al entrar en su cuarto —recuerdo su tocador vestido: una consola cubierta con sabanilla de organdí y encajes. Un espejo con marco blanco, colgado junto a él un botecito para poner el cepillo de dientes, metido en una malla de perlé amarillo, que tenía en el asa por donde estaba colgado un grupo de madroños también amarillos—. Claro que esto puedo recordarlo porque ya antes de aquel momento había tenido en la mano los madroños, en cuya suavidad de terciopelo se hundía la mirada y se extasiaba el tacto —detalles, anecdóticos no: componentes, constituyentes—, sobre el tocador estaba el esenciero de porcelana rosa. Era enteramente de la forma de un botijito, pero sin pitorro y tenía en la curva de su pechuga una pequeña rosa de

porcelana, con un capullo y hojitas verdes. El tapón de corcho estaba perforado por un tubito de metal rematado arriba por una pequeña corona que se aflojaba para echar la esencia. Concentrándome mucho puedo recordar la esencia, pero no puedo describirla. Al ir a entrar con mi tía en el cuarto fue cuando ocurrió. Estábamos en la misma puerta, yo percibía ya su aura de paraíso, cuando al hacer un movimiento rápido me rasgué la mano con una aguja prendida en la blusa de mi tía. Lloré desesperadamente y no sólo por el dolor: en mi llanto había una gran inconformidad —semejante a un desengaño— por haberme pasado aquello al entrar en aquel cuarto.

Tal vez las imágenes que conservo como estela del hecho se unen bien a él porque están envueltas en otra inconformidad o rechazo, en otro vago sentimiento de injusticia o desafinación. Aquel botecito de porcelana, mi madre y mis tías lo llamaban «Don Pijota». Y Don Pijota era el padre de mi madrina, el señor Arredondo, que era pequeñito y tenía una gran panza casi a partir de la garganta, lo que le daba aire de botijito. Era, repito, en 1900, de modo que yo tenía poco más de dos años, pero aquella asociación tan torpe me dejaba desconsolada. ¿Por qué llamar a aquel botecito delicioso Don Pijota? ¡Qué estúpida palabra! Al señor aquel le llamaban así porque ésa era su interjección favorita, que soltaba a troche y moche. Pero ¿por qué asociar a aquel señor con el esenciero? De más está decir que estas reflexiones no pasaban en aquel momento por mi cabeza, pero la inconformidad, el malestar que me causaba todo ello, eso sí estaba allí. ¿Valdría la pena decir que estaba, si hubiera quedado allí? No, lo anoto porque es una base, un comienzo de algo que no terminó todavía.

De aquellos días sólo recuerdo, además de esto, haber llorado en casa de un fotógrafo que me aterrorizó bajo el paño negro y de haber cantado encima de una mesa una de aquellas canciones tan novecento: «Tengo yo una bicicleta / que costó dos mil pesetas / y que corre más que el tren».

De nuevo en Valladolid, en nuestra casa de la calle de Núñez de Arce, antes calle de la Cárcava. Pero yo no nací en esa casa: yo había nacido en la calle de Teresa Gil, nada más entrar de los soportales. En la planta baja había un zapatero y aún sigue habiéndolo. No sé cuándo nos mudamos a la calle de Núñez de Arce: ésa fue mi casa hasta que salí de Valladolid, en 1908.

En junio del 901 cumplí los tres años, y no recuerdo si poco antes o poco después nació mi hermano. Tampoco recuerdo en absoluto pormenores en torno a su nacimiento. Es sumamente importante comprobar que no lo recuerdo, que todo lo que pasó durante unos cuantos meses: la alteración física de mi madre, la agitación de la casa, con entradas y salidas de médicos y familiares, todo me pasó inadvertido. Trato de reconstruirlo y no logro sacar nada de la nebulosa que me parece que era mi conciencia en aquella fecha. Algunos objetos, algunas escenas destacadas, inconexas, es todo lo que recuerdo: un jarro de vidrio rosado, con leche, sobre la mesilla de noche y mi madre en la cama. Luego, mi madre lavando al niño, desnudito sobre sus rodillas. Luego, más tarde, como yo quería tenerle en brazos y no podía con él, mi madre puso en el suelo la manta de viaje y allí me senté yo y pude tenerle en la falda. El recuerdo de todo esto es sumamente vago, a pesar de que en mi casa hubo grandes innovaciones. Mi madre tampoco pudo criar al niño y, como él no era tan fuerte como yo, hubo que ponerle un ama. Apenas lo recuerdo: todo ello pasaba a mi lado como, según se cree, pasan las cosas al lado de un niño. Seguramente había delante de mí largas conversaciones sobre la salud de mi hermano, seriamente amenazada. También las habría —mucho más tarde,

todavía se comentaba— sobre las dificultades de traer un ama a casa: era muy costoso, pero absolutamente necesario. A mí nada de esto me tocaba: eran problemas de las personas mayores, sobre las que yo no tenía opinión. Pero la vida de mi hermano no duró más que seis meses y, tal vez en el penúltimo, ocurrió un hecho que entendí perfectamente.

Una tarde nos vestimos para salir de paseo mis padres y yo, con el ama que llevaba al niño. Salimos y ya en la puerta mi padre propuso entrar un momento en casa de mi abuela, que vivía enfrente con mis tres tías, Casilda, Eloísa y Carmen. Mi abuela y mis tías empezaron a prodigar a mi hermano y a mí sus caricias; mi padre desapareció hacia el fondo de la casa y volvió en seguida, trayendo una palangana con agua. La depositó en medio de la mesa, con asombro de todos menos mío, creí que iba a exhibir algún truco o experimento curioso porque era muy dado a los juegos de magia, pero no era eso. El ama estaba de pie en un rincón: como le habían quitado al niño de los brazos se había quedado allí quieta, con la bolsa donde llevaba los pañales al brazo. Mi padre fue hacia ella, sacó un pañal, hizo con él una pelota, la mojó en la palangana y, sujetando a mi madre por la barbilla, le frotó la cara de un lado y de otro, con fuerza. Luego —todo ello fue muy rápido y, aunque hubo exclamaciones de asombro, no dio tiempo a que nadie interviniera—, el pañal, hecho un rollo y chorreando agua, se lo tiró a mi tía Casilda a la cara, diciendo: «Toma, examínalo».

Mi tía tiró el pañal al suelo y salió corriendo por el pasillo. Mi padre lo recogió y salió detrás de ella; la agarró por un brazo y, como no se dejaba traer al gabinete, creo que le dio algún pescozón porque mi tía gritaba y lloraba desesperadamente.

Todo este drama estuvo claro para mí desde el primer momento y no sólo la escena, que sigo recordando con todo detalle, sino su sentido. Mi tía Casilda había insinuado que mi madre se pintaba. Mi tía no era nada bonita; tenía veinte años más que mi madre y estaba amenazada de soltería incurable; mi madre rebosaba de juventud y de todas las gracias concebibles. Mi padre, sumamente celoso y desconfiado, tenía en aquella ocasión la seguridad de que podía someter a mi madre a aquella prueba. Mi nebulosa no me impidió registrar, pegada a la pared, todo el desarrollo del drama: observé y juzgué todo claramente. La mezquindad de las intrigas femeninas, la lamentable fealdad de mi tía, aumentada por el llanto —un lloriqueo cómico— la brutalidad de mi padre, tan censurada siempre por toda la familia y, sin embargo, saliendo airosa aquella vez, complaciendo inclusive a mi madre que tanto la lamentaba de ordinario, que se disponía a censurarla en cuanto saliésemos de allí, aunque en aquel momento experimentase cierto orgullo, cierto triunfo. Y, por supuesto, también era consciente del orgullo mío y de mi desprecio por la estúpida suposición de que mi madre pudiera pintarse. Todo ello duró unos quince minutos: salimos de casa de mi abuela y volvió a cerrarse la niebla, pero dentro de ella se conservó la impronta de todo, invulnerable al tiempo.

Muy poco después murió mi hermano y seguramente me impidieron presenciar toda escena que pudiera impresionarme. Ya desde los primeros años tuvieron muy en cuenta en mi casa mi excesiva sensibilidad, que iba en aumento cada día y tan decisivamente influyó sobre mi educación, creándome tabúes y puntos amurallados, adonde no se me permitía acercar. El caso es que no presencié nada que pudiera dejarme un recuerdo, pero no se me ocultó el hecho de su muerte. No se disfrazó su desaparición con ausencias más o menos fantásticas: se me dijo que había muerto. Seguramente fue mi madre quien me lo dijo —es cierto que la vi llorar por esa causa más de una vez, pero

no era raro verla llorar por otras causas—, no sé si en casa de mi abuela me habrían preparado, pero fue mi madre la que me hizo comprender que no volvería a verle, y desde entonces se creó entre nosotras algo como una reconstrucción de lo que había sido y más de lo que habíamos proyectado que fuese. Recuerdo claramente que la manta de viaje —la manta era por un lado a cuadros blancos y negros; por el otro roja, peluda—, la manta de viaje fue ya siempre la manta que mi madre había puesto en el suelo para que yo estuviera allí con mi hermanito; la que pensaba haber seguido poniendo delante del balcón para que jugásemos los dos, la que ya no podría volver a poner: la que siempre nos haría imaginar cómo habrían sido nuestros juegos sobre ella, cómo habríamos crecido allí y estudiado juntos.

Empezó entonces algo que ocupó un lugar de preferencia en mi estética; fui frecuentemente al cementerio con mi madre: descubrí el cementerio con sus imágenes solemnes y sus olores acres. Los cipreses caldeados por el sol, a media tarde, despedían como una especie de aliento, su perfume denso, oscuro, profundo y sin embargo emparentado con el olor ligero y límpido de la artemisa que brotaba al borde del camino y entre las tumbas. Mi madre y yo íbamos a rezar a la de mi hermano y a la de Zorrilla. A la del tío Zorrilla. Y Zorrilla estaba enterrado en el panteón de hombres ilustres, de modo que siempre me hice la idea de que aquél era el panteón de la familia de mi madre. Mi hermano estaba en una pequeña sepultura de mi familia paterna y aquella diferencia yo la atribuía, simplemente, a la edad: mi hermano no había tenido tiempo de hacer méritos. El tío Zorrilla, en cambio, había hecho viajes fantásticos y había escrito versos: además, era el tío. Es decir, que el personaje ilustre, glorificado a la entrada del Campo Grande sobre un pedestal, al que está adosada una ninfa encantadora con alitas de mariposa —en una actitud absolutamente estúpida, que no puedo recordar en qué época de mi vida empecé a juzgarla así, pero creo que muy pronto: la actitud de escuchar con la mano en la oreja, como si fuera sorda—, ese personaje no tenía para mí aire imponente, al contrario, era un ser muy próximo, muy conocido en su vida, en sus dichos y ocurrencias. Por esto, el encumbramiento, la solemnidad de bronces y mármoles me parecía el efecto natural de su carácter y de sus andanzas. Que no lo pensaba así en aquel tiempo es evidente, pero no lo es menos que lo sentía así, como se siente ante un retrato que así es el que está en él representado.

Retrocederé nuevamente al siglo anterior para señalar un poco la trayectoria de mis gentes, para explicar por qué y cómo aquellos niños separados por el océano acabaron coincidiendo en una ciudad castellana, en ciertos versos, en ciertas aspiraciones, diversiones, aficiones, juegos que decidieron mi destino con más rigor que cualquier disciplina. En realidad, disciplina era revestida de juego, enriquecida, endulzada con golosinas de la imaginación.

Mi abuelo, Gervasio Mariano Chacel, era del Cuerpo Jurídico Militar, y no pasó de coronel porque pidió el retiro muy joven y se puso a ejercer la abogacía. Cuando se casó con mi abuela, Sinforiana Barhero, ya tenía un hijo de su primer matrimonio, Alejandro, militar como él, de su mismo Cuerpo, creo. Con mi abuela tuvo seis hijos: Casilda, Emilio, Mariano, Eloísa, Francisco —mi padre— y Carmen. Mi tío Emilio fue militar también, Mariano no; supongo que a causa de su estatura: era, como mi abuela, pequeño de talla y muy activo. Mi padre iba también para militar; ingresó en la academia, pero a la muerte de mi abuelo —cuando él tenía dieciséis años— colgó los hábitos. No sé por qué ni creo que él mismo lo supiese; argumentaba que su carácter le impedía ceñirse a la

disciplina militar, que era demasiado violento y no aguantaba órdenes de nadie. Tenía, además, inclinaciones literarias y artísticas, que apenas trató de poner en práctica.

Mi abuelo, José Arimón, era ingeniero de caminos. Había nacido en Puerto Rico, en el exilio de su padre, ya emigrado político. Mi abuelo vino a estudiar a España, hizo amistad con Zorrilla, que tenía tal vez quince o veinte años más que él: una amistad que era un verdadero culto literario. Zorrilla estaba en plena gloria y mi abuelo se contaba entre sus jóvenes satélites. Por el mil ochocientos y tantos Zorrilla conoció a una bonita muchacha, Juana Pacheco, que tenía una hermana menor, Julia, igualmente bonita, Zorrilla se casó con la mayor y mi abuelo con la pequeña.

Me es difícil omitir opiniones recibidas muchos años más tarde, fuera ya de lo que abarcan estas memorias como, por ejemplo, la de mi tío Joaquín, hermano mayor de mi abuelo, al que oí decir muchas veces: «Mi hermano era un niño bonito, lleno de vanidad, que se casó con tu abuela para poder llamarse hermano de Zorrilla». No lo dudo: los Arimón eran un poco fatuos, aunque de una gran bondad, generosos y de carácter alegre. Yo, en mis primeros años, sólo oí hablar de aquella gran amistad, que quedó corroborada por los hechos. Mi abuelo murió muy joven: una pulmonía se lo llevó a los cuarenta y dos años, y Zorrilla recibió íntegra su herencia: una viuda y cinco niñas. La protección de Zorrilla no debió de ser pesada para ellas porque su recuerdo les era tan querido como el de su padre.

A la muerte de mi abuelo, mi madre, que ocupaba el tercer lugar entre sus hermanas, tenía catorce años. Aparecieron en Valladolid en el 92, creo, y mi abuela empezó a pensar en el porvenir de sus hijas. Blanca, la mayor, no tenía problema porque era ahijada de Zorrilla y vivía desde pequeña con sus tíos. Julieta y mi madre estaban en la edad de prepararse para lograr una independencia económica, pues mi abuela, y sin duda su hermana y el mismo Zorrilla, eran partidarios de que la mujer no tuviera que buscar como medio de vida el matrimonio. Así pues, Julieta empezó a estudiar música y mi madre la carrera de maestra, para la que tenía decidida vocación. Pero, claro está, mi abuela, que no quería de ningún modo buscar maridos para sus hijas, todas bonitas, altas, opulentas, trató sin embargo de formar en su casa reuniones, grupos de muchachos que, en torno a un piano, charlaban, cantaban, bailaban. Sus hijas habían tenido en América —mi abuelo, una vez casado se volvió allá y todas nacieron en el otro continente— la educación de las familias criollas cultas: profesores de canto, de baile, de idiomas. Además, no era la primera vez que venían a España; ya antes habían hecho algunos viajes y conocían las fiestas de a bordo al cruzar la línea, las noches sobre cubierta; eran, en fin, aves raras entre las muchachas de clase media en Valladolid.

En aquellas reuniones hizo mi padre sus primeros y únicos ensayos literarios. Aparte lo que se pudiera llamar un noviazgo de amor, había entre mis padres una verdadera afinidad de gustos y aspiraciones. Más exactamente inclinaciones, porque mi padre no era hombre de ideas: su carácter le tiraba hacia una cosa u otra, manteniendo el criterio y las costumbres de su casa como un mero orden de afectos. Claro que con una particularidad —la particularidad más común a todos los españoles—, mi padre creía que lo que él quería era lo que debía ser o, más bien, lo que era: lo único que era. Pero ya digo, esto no era cosa de ideas: era, simplemente, su modo de ser. Mi madre sí tenía ideas y, cosa curiosa, ella no era esas ideas, pero las profesaba y anhelaba ejercerlas. Cuando empezó a estudiar pensaba llegar a la Escuela Superior del Magisterio; leía a

Rousseau y creía tener una orientación propia en pedagogía. Al mismo tiempo, cantaba, tocaba el piano, bailaba las sevillanas —académicamente, por supuesto—, todos los bailes de sociedad y todos los bailes populares americanos, aprendidos de sus niñeras indígenas. Tenía una memoria excelente y podía recitar versos sin cuento. En esto mi padre la igualaba, si no la aventajaba, y los dos tenían el culto de la dicción perfecta.

Sobre este cañamazo se trazó mi vida. Necesito, ante todo, describir mi casa de la calle de Núñez de Arce. Viniendo de la glorieta del Museo, quedaba en la acera de la derecha y era el segundo portal. Un portal grande, con una puerta al fondo que daba al patio: puerta cochera, tal vez, porque en el patio amplio y no enlosado, sino enarenado y herboso, había una pequeña cuadra como para dos caballos. Los dos entresuelos quedaban un poco levantados sobre el nivel de la calle: uno tenía un balcón y el otro dos. El nuestro, el de la izquierda, era el más pequeño. Se daba acceso a él por cuatro o cinco escalones, empotrados en la pared del portal; la antesala era muy pequeña, un cuadrilátero del ancho de la puerta, anejo al pasillo que iba de un lado a otro de la casa. Delante tenía solamente una gran sala con alcoba; al fondo el comedor que daba al patio y que tenía otro cuarto contiguo, interior. Ante la puerta del comedor el pasillo se doblaba hacia la izquierda; en el lado que daba hacia el fondo estaba la cocina y en el otro una alcoba de servicio muy espaciosa. La cocina era grande y tenía una puerta de cristales al patio. Junto a la puerta había un pequeño rellano enlosado, casi una terracita, levantada como medio metro del suelo arenoso por un par de escalones y allí, en el rincón, había un cuartito que era el WC. Así, exactamente, porque mis padres a su llegada instalaron ese adelanto y la luz eléctrica. No recuerdo el momento en que se llevaron a cabo esas innovaciones, pero recuerdo otras que tienen una fecha: la gran transformación de nuestra casa fue en 1905, y en ese tiempo yo ya tenía una historia tan larga, había vivido tanto que me abruma la idea de relatar punto por punto las etapas de mi camino.

No sé —o no puedo— dar prioridad a las cosas que parecen más importantes, como es mi educación —llevada a cabo con intensidad maniática por mis padres—, sobre los pequeños hechos de mi experiencia. Y no puedo darles prioridad porque, en última instancia, no los diferencio. Sé, aunque no lo recuerdo, que empecé a leer a los tres años. A los cuatro, poco después de morir mi hermano, empezó mi madre a sistematizar mis estudios. Sentadas junto al balcón por las mañanas, mi madre me leía las primeras páginas del catecismo, de la gramática, de la geografía, de la historia. Siempre empezaba leyéndome ella porque quería comprobar mi comprensión: no quería enseñarme a memorizar las lecciones sin penetrar en las cosas. Y lo mismo que me leía las lecciones me leía los cuentos —los pequeños cuentos de Calleja— poniendo a prueba mi comprensión con preguntas y comentarios. Esta etapa duró tal vez un año, tal vez más. Cuando mi madre me creyó suficientemente preparada o, acaso, cuando vio que yo me abandonaba al deleite de escuchar y no me esforzaba en leer, pudiendo hacerlo, decidió obligarme a estudiar sola una hora todas las mañanas. Me encerraba en el comedor y sentada en mi silla alta, a la camilla, estudiaba a veces. Bueno, estudiaba siempre, pero no siempre en los libros. Estudiaba, por ejemplo, cómo moría una mosca pegada al cristal de la ventana. Había quedado allí, colgando sólo de una pata, y en el cristal se había formado a su alrededor una mancha, como si fuese un vaho que ella hubiera desprendido. Yo veía que aquello era la huella de su calentura porque yo entonces conocía muy bien la fiebre. Con harta frecuencia tenía indigestiones que me llevaban a los cuarenta grados: deliraba, cantaba, me ponía de pie en la cama a media noche.

Hasta sin tener fiebre los sueños eran mi padecimiento. Soñaba cosas tan atroces que su impresión no podía borrármese durante varios días. Mi terror a los sueños era tal que decidí psicoanalizarme yo misma todas las noches. Rezaba diez padrenuestros para no soñar con fuego, diez para no soñar con la muerte de mis padres, diez para no soñar con fieras y otras cuantas cosas, que eran de las más terribles. Los contaba por los dedos; cuando llevaba diez hacía un pliegue en la sábana; rezaba otros diez y hacía otro pliegue: así, incansablemente, repasando bien todas las cosas en que era peligroso soñar. Las noches que les pasaba revista a todas no soñaba: cuando se me olvidaba rezar, actualizándolas bien —quién sabe si esas noches coincidían con comilonas exageradas— soñaba cosas que hasta el día de hoy no he podido olvidar. Este padecimiento, tenido como tal por toda mi familia, dio un giro especial a toda mi educación, no sólo a mis estudios, sino al trato mismo con mis familiares. Se evitó rigurosamente todo lo que pudiera impresionarme. En consecuencia, jamás se puso ante mí la idea del infierno. Mi educación religiosa era, sin embargo, bastante completa y no dulcificada por estampas de color de rosa. No, se me enseñaba la Doctrina Cristiana y la Historia Sagrada, que yo escuchaba con pasión. Luego, se me tranquilizaba haciéndome poner mi confianza en mi propia fe, más o menos en esta forma: «Con el que cree en Dios y adora a sus padres, el demonio no tiene nada que hacer». Por esta razón el demonio no figuró nunca en mis sueños terribles y no le di realidad hasta que mi pensamiento adquirió más firmeza e independencia.

Mi vida religiosa, en esos primeros años, fue muy distinta de lo que es común porque fue absolutamente libre y secreta: no me fue impuesta jamás. Fui iniciada en ella, pero nadie sospechó nunca la dimensión que pudiera alcanzar en mi fondo. A mi familia no le era difícil mantener esa actitud. Por mi línea materna, los hombres eran librepensadores. Mi abuelo había sido masón —no sé si Zorrilla lo fue, creo que no—, mi abuela, que se creía inteligente, era católica, claro está, pero moderada, racionalista; «lo principal es ser bueno», etc. En casa de mi padre la cuestión era muy otra. Mi abuela no racionalizaba la religión que había recibido de sus padres, como cualquier otra vieja señora de Valladolid. Iba a su misita, hacía sus novenas y tenía especial devoción por algunas imágenes: las más bonitas —mi abuela, que no había sido una mujer bonita, tenía una adoración mística por la belleza— y jamás se detuvo a pensar si lo que le habían enseñado era cosa de creer o de dudar. Pero mi familia paterna, y especialmente mi abuela, conservaba la huella de una herida atroz, que había llegado a convertirse en rencor y en aversión. La huella de un drama íntimo, entremezclado a las guerras del Norte, que había dado como resultado el matrimonio de mi tío Emilio con Guadalupe Aguinaga, vasca, de familia carlista y el retiro de mi abuelo, aceptado por él en forma de expiación. De modo que en casa de mi padre se profesaba un decidido repudio de los beatos, de los carcas. No conocí el doble fondo de esa historia hasta los veinte años, pero siempre percibí o presentí como un clima dramático en torno al matrimonio de mi tío Emilio.

En primer lugar, mi tía Guadalupe era detestada por todos; sin embargo, no se pensaba siquiera en evitar su trato ni en calumniarla con defectos de carácter o de conducta, como si en el fondo todos estuviesen de acuerdo en que ella no tenía la culpa de lo ocurrido. Se la respetaba porque era la mujer de mi tío Emilio, que había muerto muy joven y al que todos adoraban. Ella seguía en Vitoria y había puesto a mi primo en el seminario en cuanto murió su marido. Contaban que había ido a Roma, a pedir permiso al Papa para meterse en un convento y que el Papa se lo había negado diciéndole que cuando se hubiese ordenado su hijo se lo daría. Mi primo José-Mari tenía diez años más

que yo, y en mi mente ocupaba el lugar que había dejado mi hermano. Acaso por haberse llamado Emilio mi hermano siempre sentí que tenía algún vínculo con aquella casa, y esperaba conocerle, como si con eso algo fuera a serme devuelto.

Tal vez en 1903, yo, poco más de cinco años, mi tía Eloísa me enseñaba un día retratos de familia que tenía en una caja. Había una gran fotografía de mi tío Emilio con su mujer y su hijo. Él, de uniforme, espléndido, alto, con barba negra. Ella, muy elegante, muy delgada, vestida de negro, con cinturita muy estrecha. Tenía puesto un pequeño sombrero —una toca— con un grupo de plumas de avestruz al lado. Mi primo, de unos tres o cuatro años, sentado en sus rodillas. Sobre el retrato se cernieron las glosas de mi tía Eloísa ilimitadamente: su hermano llevaba el uniforme como nadie, tenía un pecho tan ancho que parecía que iban a estallarle los botones... En este estilo largo rato. Mi tía Guadalupe: «bueno, ya la ves»... Mi primo se parecía extra ...